“CICLO A” DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

LOS DOS HIJOS DESIGUALES Mt.21, 28 – 32

Vivimos en un mundo de apariencias en el que muchas veces decimos una cosa y hacemos otra. No siempre somos coherentes y en consecuencia nuestra fe no cambia ni transforma la sociedad. Frente a esta realidad, el Evangelio de hoy, nos invitan a vivir desde la fe de un modo libre y responsable. Jesús nos llama a reconocer nuestros errores y a volver a empezar de nuevo. Porque somos hijos de Dios, vivamos cada día como un desafío para dar lugar al reino que llega. El mensaje de hoy es de actualidad: ¡Cuántas veces somos cristianos “de la boca para afuera”, pero paganos en el fondo de nuestro corazón! La liturgia de hoy quiere “sacudir” nuestra incoherencia. La incoherencia de decir “sí” y hacer “no”. ¡La incoherencia de hablar mucho y hacer poco!; la incoherencia de considerarnos “buenos” y considerar “malos” a los demás. Los textos bíblicos ponen acento en nuestra responsabilidad personal: somos libres para elegir lo bueno o lo malo. Pero el Señor no nos deja solos, él es bondadoso.

Hay cristianos que saben el catecismo, estudian la Biblia, conocen los documentos de la Iglesia, observan las prácticas del culto, pero estas inquietudes –obviamente laudables- no se traducen en el esfuerzo cotidiano por llevar el evangelio en medio de la sociedad. A las palabras deben seguir las acciones. A los principios, la conducta comprometida en defensa de los más necesitados. A las enseñanzas el ejemplo personal.

Hijo, hoy quiere que vayas a trabajar a mi viña. La voluntad de Dios o mejor dicho, su proyecto de acerca de cada uno de nosotros, aparece bajo la imagen de un pedido, de una sugerencia, de una propuesta. Podemos contestar “sí” o “no”. Tocamos así el núcleo del mensaje de hoy: que es el tema de nuestra salvación, es decir, nuestra felicidad en esta vida y en la otra, es una decisión personal, es nuestra responsabilidad. La salvación es toda obra, don gratuito de Dios, pro, a la vez, es el fruto de nuestra libertad. Para Dios lo que vale no es lo que el hombre ha hecho, sino lo que quiere ser en adelante. Lo fundamental no es de donde venimos, sino hacía donde vamos. El que viene de un pasado de pecado, pero se convierte y se orienta hacia Dios, pasa a ser bueno. Siempre existe la posibilidad de comenzar a ser cristiano “en serio”.

La palabra de Dios es un exigente llamado a quienes se consideran “buenos”, a quienes creen “orgullosamente” estar respondiendo siempre “sí” al Señor, pero en realidad dicen que “no”, a la ayuda humanitaria. Servir al Señor no es hacerle un favor a él; por el contrario es recibir de él un favor. Cada día que pasamos en gracia, en el servicio a los hermanos, hemos de sentirnos muy endeudados. La oración que elevo, la comunión que recibo, el apostolado que realizo, la vida honesta que llevo, el amor que brindo…son otras tantas gracias de Dios que acrecientan mi gratitud para con él.

La pregunta es para nosotros también: ¿en cuál de los dos hijos nos vemos sinceramente reflejados? En el que le contestó a su padre “no quiero” pero después recapacitó y fue, o al que le dijo a su padre “voy, señor”, pero no fue.

Pero para lograr esta obediencia a nuestro Padre debemos de tener en cuenta que:

CON CRISTO TODO SIN CRISTO NADA